

Una revolución 'Real'

Luis Meana

Escritor

Canta el tango que veinte años no son nada. Pero en quince, Napoleón devastó Europa y, en doce, Hitler convirtió el siglo en una sucursal del infierno. Moraleja: hay que tener un cuidado extremo de en qué manos se deja el timón. Desde luego, no en "miracielos" (Platón). En los últimos diez años España ha asistido a algo bastante inusual: la "revolución"/reinvencción de nuestra monarquía. "Revolución" en el sentido más antiguo del término (movimiento/traslación orbital) y revolución en su significado político moderno: darle la vuelta a un sistema. Giro parecido al que puso en marcha aquel retraído eclesiástico, Copérnico, quien con una aparente pequeña variación del orden astronómico desencadenó grandes consecuencias. Asuntos personales al margen, la "revolución"/reinvencción del actual monarca consistió en sustituir la "majestad/privilegio" por el "deber"/principios. En vez de un fulgurante "Rey Sol", un sobrio Rey Intachable. En terminología clásica, pasar de la monarquía a la realeza. Revolución que, por copernicana, es también kantiana. O sea, Crítica de la Razón Monárquica del antecesor (sin negar los méritos que tuviera, que los tenía), crítica también por su finalidad ética: "moralizar" la monarquía y la política. Esa reinvencción afronta las tres famosas preguntas de Kant (cuando celebramos el tercer

centenario de su nacimiento): a) qué podemos conocer ("sapere aude": arriesgate a pensar liberado de formas y dogmas periclitados); b) qué debemos hacer (para crear una nación/monarquía más ejemplar y rigurosamente constitucional); c) qué nos está permitido esperar (contra el "consúmese la utopía, aunque se hunda el mundo"). Lo expresó muy acertadamente en 1777 quien conocía a fondo el problema, Federico II de Prusia, volteriano Rey Ilustrado: "para que jamás se aparte [de sus obligaciones, el Príncipe] tiene que recordar siempre que es un hombre igual al más pequeño de sus súbditos. Si es primer juez, primer general, primer recaudador, primer ministro de la comunidad, no lo es para representar sino para cumplir con sus deberes. Él no es más que el primer servidor del Estado, obligado a actuar con decencia, con visión superior y con total falta de egoísmo, y a comportarse como si cada minuto tuviera que rendir cuentas ante sus conciudadanos".

El oficio más duro y difícil

Como en toda revolución, también en ésta hubo, además de cambio, mucho dolor. Personal, familiar e institucional. Como prueban las canas del Monarca. Escribió Montaigne, "el oficio más duro y difícil del mundo... es ejercer dignamente como Rey. Disculpo más sus faltas... a la vista del horrible peso de su carga, que me sobrecoge". A esa pesada carga natural hay que añadir otra circunstancial: la grave crisis política/institucional que

vive la nación, con intentos evidentes de "colar" cambios devastadores para el orden constitucional.

Tiene la monarquía, entre sus misterios, un poderoso magnetismo: es imán de exageradas adoraciones y de furiosas repulsiones. Si durante siglos fue motivo de veneración desmesurada, en los últimos ha sido blanco de ataques feroces. Lo que hace imposible un juicio equilibrado.

La historia de la monarquía es una gigantesca montaña rusa: con subidas escalofriantes—hasta las absolutizaciones más irracionales y dañinas—y caídas en picado hasta las desconsideraciones más injustas.

La monarquía ha pasado por un sinfín de formas históricas: *anax* micénico, basileo clásico, tiranías orientales, expansionismo helénico, emperadores romanos, reyes taumaturgos medievales, monarcas absolutos antes de las revoluciones modernas (norteamericana o francesa), reyes constitucionales.

Hoy, muchos ciudadanos consideran a la monarquía incompatible con la democracia y la libertad: por anacrónica, arbitraria, injusta, cosa de mentes infantilizadas, defensora del privilegio/desigualdad, venenosa para las sociedades. Por decirlo con fórmula de Bonaparte, una "metafísica tenebrosa".

Pero por más empeño que se ponga, y se pone mucho, el verdadero problema no está ni en la monarquía, ni en los reyes (compatibles ya con constituciones, parlamentos, democracias y formas mixtas de gobierno). Está en los absolutismos. Y en la crisis de fundamentación de los sistemas

políticos. Se reprocha a la monarquía su falta de fundamento. Pero lo mismo le ocurre a los demás sistemas. Esa falta de fundamentación se hizo trágicamente visible con la decapitación francesa del rey. Por decirlo con C. Lefort, el poder se convirtió entonces en un espacio vacío. Y así sigue. Incluso más: después de que los irracionismos han decapitado la Razón y los populismos están desangrando la Verdad.

Teología política

Durante siglos, esa falta de fundamentación última se "resolvió" con teología política: el carácter divino de los reyes. Que tenía su razón de ser: "tapaba" la oquedad existente, anulaba escepticismos corrosivos y facilitaba el funcionamiento político mediante un mando único "divinizado". Por más que se intenta disimularlo, nuestra época utiliza trucos/métodos parecidos. Oculta ese vacío también con teología política: un nuevo "dios", el Pueblo. Fundamento y razón suficiente de todo. Sin serlo. Creencia basada en una ensoñación: que la Razón Colectiva es capaz de libe-

rarse, por inexplicable milagro, de las pasiones, arrebatos o deficiencias de los sujetos individuales.

Advirtió Aristóteles que la naturaleza aborrece el vacío: en cuanto aparece, se llena. Frecuentemente con escorias: utopías falsas, ideologías destartaladas, dioses de cartón-piedra, déspotas con ínfulas mesiánicas,... Esa, y no la monarquía, es la verdadera "metafísica tenebrosa".

El problema central está en que los progresismos han prohibido/"cancelado" toda trascendencia. Han impuesto por decreto ideológico que la existencia es pura inmanencia. Falacia refutada por los hechos: la vida está llena de "trascendencias" (visibles e invisibles).

Como la gravedad determina la física, ciertas "sacralidades" determinan las sociedades y la historia. Sus nombres: Justicia, Razón, Bien Común, Orden, Paz, Derechos, Ética, Verdad, Leyes/Constituciones,... Con metáfora de Hegel, las rosas de nuestras espinas. Sin ellas no hay sociedad civilizada. Tampoco Estado. Sólo caos y calamidades. De la necesidad de orden surge la "ficción" del rey. Símbolo de la plenitud. Repre-



sentación y guardián de esas “sacralidades”, y de su valor y permanencia. La tan denostada majestad del monarca se reduce a una esclavitud dramática: el inexcusable deber de visibilizarlas, protegerlas, defenderlas y cumplirlas.

El jefe natural

En origen, rey es el nombre que se da al jefe “natural”, a aquél que posee por naturaleza mayor capacidad de dirección/mando. Como formuló Ciro, corresponde mandar a quien vale más que aquéllos a los que manda. Se es rey por superioridad (sea en fuerza, valor, audacia, estrategia, astucia, sabiduría, comportamientos modélicos...), por estar dotado de capacidades extraordinarias. Propiamente, “sobrehumanas”. Por eso, desde la Antigüedad, reyes y héroes han sido considerados “divinos”. Esa superioridad es la base de su autoridad. Que se refuerza con una ventaja práctica: su función/papel de “metrios”. Palabra griega que señala la equidistancia entre extremos, a quien no forma parte de ninguna parte, al que es patrón de cordura/mesura. Esa “eleva-

ción” proporciona a un monarca ventajas funcionales sobre los gobernantes “civiles”. Como señaló Aristóteles, a la monarquía le resulta más fácil que a las otras formas de gobierno estar por encima de las facciones/partidos. Con metáfora económica, el rey es una especie de “estabilizador automático”.

Evidentemente, esa ficción ideal del rey choca, irremediablemente, con la imperfecta condición humana. También de los reyes. En palabras de Kant, con la “madera torcida” de la Humanidad. Como advirtió el clásico, la teoría política debe construirse de forma que pueda servir también para gestionar un manicomio. Precisamente para protegerse de los enloquecimientos de nuestro “fuste torcido”, los grandes juristas ingleses inventaron la ingeniosa teoría/“remiendo” de los “Dos Cuerpos del Rey”, con sus dos naturalezas: divina (inmortal/perfecta) y humana (mortal/deficiente). Pero el hecho evidente de la naturaleza imperfecta de los hombres ni impugna la monarquía como sistema (según “dictum” clásico, “el abuso no invalida el uso”), ni mitiga las exigencias/obligaciones que debe satisfacer el monarca. Se es verdaderamente rey cuando se reina sobre uno mismo (y sus pasiones), cuando reina supeditado a los bienes que nos “trascienden”: Justicia, Eudemonía, Ley, Derechos, “Razón eterna”. Sólo esa “calidad ética” (legalidad + moralidad) le legitima. Si no cumple con eso, no hay Rey, sino una caricatura de monarca. Una majestad hueca. Una plenitud vacía.

La Familiar Real saluda desde el balcón del Palacio Real tras la proclamación de Felipe VI como Rey de España, el 19 de junio de 2014.



El Rey conversa con su hija, la Princesa Leonor, después de que esta jurase la Constitución en el día de su 18 cumpleaños, el 31 de octubre de 2023.



Expansión

Líderes & tendencias



Diez años de reinado de Felipe VI

El gran embajador de la economía y la marca España **P2-3**

TOM BURNS El reto de consolidar la Corona Constitucional **P4-5**

LUIS MEANA Una revolución 'Real' **P6** | **ASUNCIÓN DE LA IGLESIA CHAMARRO** Felipe VI: Renovación en una década tormentosa **P6** | **RAÚL C. CANCIO FERNÁNDEZ** En nombre del Rey: diez años jurídicamente fascinantes **P7** | **MANUEL ARAGÓN** Una prueba de validez de nuestra monarquía parlamentaria **P8**